

En los andes del sur del Perú, la rotación de cultivos es una práctica realizada desde tiempos ancestrales y concebida como una experiencia comunal. Las tierras que rotan, llamadas Laymes, se encuentran entre los principales recursos agroecológicos de los pueblos andinos.

Con los Laymes se alternan los cultivos para poder mantener la fertilidad del suelo y reducir los niveles de erosión.

Estas tierras se caracterizan por ser cultivadas de uno a tres años continuos, para luego ser sometidas a descanso agrícola por largos periodos de hasta quince años.

Si bien esta rotación es concebida como una actividad comunal, los Laymes son en realidad una combinación de propiedad colectiva y provecho individual, aprovechadas por la comunidad para la ganadería durante la época del secado. Al entrar el tiempo de cultivo, toda la comunidad trabaja las parcelas repartidas.

Esta práctica se aplica hoy en día en todos los terrenos de cultivo, con excepción de los suelos destinados para la reforestación.

A pesar que en la región se mantiene viva esta práctica, los suelos de los Andes están sufriendo procesos de degradación. Esta progresiva pérdida del suelo es atribuida a la actividad agrícola.

El cambio climático es también es uno de los principales factores de degradación del suelo, debilitando su proceso de recuperación. El escaso conocimiento de nuevas tecnologías de manejo de suelos produce que no se aprovechen al máximo estas tierras de cultivo.

Existen también factores sociales que no permiten desarrollar los Laymes de manera plena. En algunos casos, las tierras de rotación vienen siendo explotadas sin descanso para producir lo máximo posible. De igual forma, la migración del campo a la ciudad ha dejado en abandono parte de estas tierras.



El manejo de los Laymes con fines agropecuarios pasa por el reconocimiento del ser humano como un componente importante del medio ambiente. Y es que si la comunidad no respetara la decisión de dejar descansar la tierra el tiempo indicado, podrían ocasionar la pérdida de los pastizales, y en general, de la biodiversidad local.

Es importante también el aspecto social de los Laymes, que es una de sus grandes virtudes. Al respetarse las decisiones de la comunidad, no se permite el egoísmo y la avaricia que explotan excesivamente los suelos.

Finalmente, para su adecuado manejo es indispensable la capacitación a las familias en técnicas agropecuarias más eficientes, pero al mismo tiempo respetuosas de la naturaleza.

La valoración de esta práctica ancestral no solo pasa por el factor productivo, sino por el fortalecimiento de su identidad cultural.

